

En Restrepo, Eduardo, *Stuart Hall desde el sur: legados y apropiaciones*. Buenos Aires (Argentina): CLACSO.

Sujeto e identidad.

Restrepo, Eduardo.

Cita:

Restrepo, Eduardo (2014). *Sujeto e identidad*. En Restrepo, Eduardo *Stuart Hall desde el sur: legados y apropiaciones*. Buenos Aires (Argentina): CLACSO.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/eduardo.restrepo/39>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/ph6y/Xkg>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. *Acta Académica* fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

SUJETO E IDENTIDAD

Eduardo Restrepo

Para finales de los años ochenta y principios de los noventa, Hall realiza una serie de planteamientos y aportes a las temáticas del sujeto y la identidad. Es con respecto a estas temáticas, sobre todo a la de identidad, que el nombre de Hall adquiere alguna visibilidad en los años noventa en ciertos países de América Latina. La traducción del libro coeditado con Paul du Gay, *Cuestiones de identidad*, es probablemente una de las referencias que permitieron que el trabajo de Hall circulara en la región.

En este texto se resaltan algunos de los argumentos de Hall sobre la producción del sujeto moderno y su descentramiento teórico. Luego se examinan cómo el socavamiento de la noción del sujeto soberano, racional, autónomo y transparente a sí tiene como correlato una concepción de la identidad que se hace problemática también por los procesos históricos de las últimas décadas. Finalmente, se examinará algunos de los planteamientos de Hall sobre identidad y cómo tiene que ver con la diferencia y las políticas de la representación.

SUJETO

En su artículo “La cuestión de la identidad cultural”, escrito para uno de los libros de texto colectivos de la Open University, Hall parte de distinguir tres conceptualizaciones del sujeto que se articulan a tres maneras

diferenciables de entender la identidad. El primero es denominado como el *sujeto de la Ilustración*, el segundo como el *sujeto sociológico* y el tercero como el *sujeto postmoderno*. Los dos primeros estarían asociados a una lectura moderna del sujeto, mientras que el último se correspondería con una interpretación del sujeto desde las teorías contemporáneas.

La noción del sujeto de la Ilustración recoge mucho del sentido común liberal de cómo se entiende al sujeto:

El sujeto de la Ilustración estaba basado en una concepción del sujeto humano como individuo totalmente centrado y unificado, dotado de las capacidades de razón, consciencia y acción, cuyo “centro” consistía de un núcleo interior que emergía por primera vez con el nacimiento del sujeto y se desplegaba junto a éste, permaneciendo esencialmente igual —continuo o idéntico a sí mismo— a lo largo de la existencia del individuo. El centro esencial del ser era la identidad de una persona (Hall, [1992] 2010: 364).

Lo que denomina Hall el sujeto sociológico apunta incorporar las complejizaciones de la teoría social más clásica que deja de pensar en el sujeto autónomo y soberano como anterioridad de las relaciones sociales, de la estructura social. Es el sujeto pensado desde la perspectiva sociológica, asumiéndolo en su relación constitutiva con el mundo de la vida social en el cual emerge y se despliega:

La noción del sujeto sociológico reflejaba la complejidad creciente del mundo moderno y la consciencia de que este núcleo interior del sujeto no era autónomo y autosuficiente, sino que se formaba con relación a los otros cercanos que transmitían al sujeto los valores, significados y símbolos de los mundos que habitaba [...] El sujeto aún tiene un núcleo interior o esencia que es el “verdadero yo”, pero éste se forma o modifica en un diálogo continuo con los mundos culturales “de fuera” y las identidades que estos ofrecen (Hall, [1992] 2010: 365).

De alguna manera, este sujeto sociológico problematiza en ciertos aspectos al sujeto de la Ilustración, pero es con lo que Hall denomina el sujeto postmoderno donde se socavan las premisas y predicados del sujeto de la Ilustración. Es un sujeto que se encuentra ante identidades libremente flotantes, ante una pluralidad y fragmentariedad tal que difícilmente puede constituirse como una unidad o una totalidad:

Esto produce el sujeto postmoderno, conceptualizado como carente de una identidad fija, esencial o permanente. La iden-

idad se convierte en una “fiesta móvil”, pues es formada y transformada continuamente con relación a los modos en que somos representados o interpelados en los sistemas culturales que nos rodean [...] Está definida histórica y no biológicamente. El sujeto asume diferentes identidades en momentos distintos, identidades que no están unificadas en torno a un “yo” coherente. Dentro de nosotros coexisten identidades contradictorias que jalan en distintas direcciones, de modo que nuestras identificaciones continuamente están sujetas a cambios. Si sentimos que tenemos una identidad unificada desde el nacimiento hasta la muerte, es sólo porque construimos una historia reconfortante o “narrativa del yo” sobre nosotros mismos [...] La identidad totalmente unificada, completa, segura y coherente es una fantasía (Hall, [1992] 2010: 365).

Aunque Hall puede compartir ciertos planteamientos con las conceptualizaciones del sujeto postmoderno, no se puede argumentar que Hall siga estos postulados. Al contrario, Hall cuestiona la narrativa postmoderna que asume que las identidades hoy se encuentran fragmentadas mientras que antes eran sólidas y estables: “[...] según algunos teóricos, el ‘sujeto’ de la Ilustración, poseedor de una identidad estable y fija, fue descentrado hacia las identidades abiertas, contradictorias, incompletas y fragmentadas del sujeto postmoderno” (Hall, [1992] 2010: 379). Como ya nos tiene acostumbrados, Hall nos ofrece una visión más matizada y compleja, una tercera posición. Para hacerlo, Hall nos conduce a través de un recorrido por la emergencia del sujeto moderno y por los descentramientos de este sujeto desde posiciones teóricas críticas modernas.

Con la modernidad emerge una particular concepción del individuo, uno que consideraba racional, autónomo y soberano:

Es ahora un lugar común decir que la época moderna dio origen a una forma de *individualismo* nueva y decisiva, en el centro de la cual se irguió una nueva concepción del sujeto individual y su identidad. Esto no significa que las personas no eran individuos en los tiempos pre-modernos, sino que la individualidad fue “vivida”, “experimentada” y “conceptualizada” de forma diferente. Las transformaciones que nos condujeron a la modernidad arrancaron al individuo de sus estables amares en las tradiciones y estructuras. Ya que se creía que éstas eran designio divino, no se consideraban como sujetas a cambios fundamentales. El estatus, el rango y la posición de uno en la “gran cadena del ser” —el orden divino y secular de las

cosas— eclipsaron cualquier sentido de soberanía individual de cada uno. El nacimiento del “individuo soberano” entre el humanismo del Renacimiento del siglo XVI y la Ilustración del siglo XVIII representó una ruptura significativa con el pasado. Algunos sostienen que fue el motor que puso en marcha todo el sistema social de la modernidad (Hall, [1992] 2010: 370).

Esta figura conceptual o dispositivo discursivo —el “individuo soberano”— estaba inmersa en cada uno de los procesos y prácticas claves que crearon el mundo moderno. Él era el “sujeto” de la modernidad en dos sentidos: el origen o “sujeto” de la razón, el conocimiento y la práctica; y aquel que cargaba con las consecuencias de estas prácticas, el que fue “sujeto a” ellas... (Hall, [1992] 2010: 371).

Por tanto, la noción de un sujeto racional, autónomo y soberano, transparente en su consciencia y voluntad a sí mismo, aparece como un poderoso efecto de la alquimia ideológica. Hall refiere a los grandes descentramientos teóricos sobre las premisas de este sujeto moderno. Son descentramientos teóricos que se dan en el marco de la modernidad, cuando la modernidad deja de ser concebida como ilustración y progreso en sus narrativas celebratorias para devenir en preocupación y problema desde las posiciones críticas acuñadas en su seno (Hall, [1991] 2010: 317). Hall señala cinco descentramientos de esta idea del sujeto como racional, autocontenido, soberano y transparente de sí. Los cuatro primeros tienen nombres propios (Marx, Freud, Saussure y Foucault), el último se refiere a los efectos de la teoría feminista.

Con respecto al impacto desestabilizante de Marx, Hall considera que al colocar las relaciones sociales y la historia en el centro del análisis no es posible seguir argumentando una idea simplista de la agencia individual al igual que pierde sentido la apelación a transhistóricos como la ‘naturaleza humana’: “Marx problematizó por vez primera esa noción de un sujeto soberano que abre la boca y enuncia la verdad. Marx nos recuerda que estamos siempre inscritos e implicados en las prácticas y las estructuras de la vida de los demás” (Hall, [1989] 2010: 340).

Por su parte, las implicaciones de Freud y el psicoanálisis tienen que ver con “[...] descubrimiento del inconsciente freudiano” (Hall, [1992] 2010: 375). De esta manera, la razón y la consciencia son socavados desde abajo y desde adentro, siendo la identidad propia un proceso siempre escindido y en relación con un otro: “[...] la identidad se forma en realidad a lo largo del tiempo por medio de procesos inconscientes, en lugar de ser algo innato en la consciencia en el momento del naci-

miento. Siempre hay algo de ‘imaginario’ o fantaseado acerca de su unidad” (Hall, [1992] 2010: 376).

Saussure es el punto de partida de un tercer descentramiento del sujeto moderno, donde la idea de que somos hablados por el lenguaje es fundamental: “El lenguaje es sistema social, no individual. Nos precede. No podemos, de manera sencilla, ser sus autores” (Hall, [1992] 2010: 376). Los posteriores aportes de Voloshinov, Bajtin y de Derrida complejizan este panorama de la relación entre el lenguaje y el sujeto:

Las palabras son “multi-acentuales”, siempre cargan ecos de otras significaciones que ellas desencadenan, a pesar de los mejores esfuerzos que uno hace para cerrar el significado. Nuestros enunciados están apuntalados por proposiciones y premisas de las cuales no somos conscientes, pero que están, por así decirlo, arrastradas por la corriente sanguínea de nuestro lenguaje. Todo lo que decimos tiene un “antes” y un “después”, un “margen” dentro del cual otros pueden escribir. La significación es inherentemente inestable: busca cerrarse en una identidad, pero constantemente está siendo interrumpida por la diferencia. Constantemente se nos escapa. Siempre hay significados suplementarios sobre los cuales no tenemos ningún control, los cuales surgirán y subvertirán nuestros intentos de crear mundos fijos y estables (cfr. Derrida 1981) (Hall, [1992] 2010: 377).

Foucault es el referente del cuarto descentramiento de la identidad y del sujeto (Hall, [1992] 2010: 377). Su genealogía de sujeto moderno como efectos de las tecnologías de poder disciplinarias, evidencian los límites de las narrativas más convencionales del sujeto estable, soberano y transparente: “El individuo, con sus características, su identidad, en su hilvanado consigo mismo, es un producto de una relación de poder que se ejerce sobre los cuerpos, las multiplicidades, los movimientos, los deseos, las fuerzas” (Foucault 1992: 120). La historización de la emergencia del sujeto e individuo modernos como efecto del poder disciplinario muestra cuan profundamente sometidos realmente estamos: “[...] comprender la paradoja de que, cuanto más colectiva y organizada es la naturaleza de las instituciones de la modernidad tardía, mayor el aislamiento, la vigilancia y la individualización del sujeto individual” (Hall [1992] 2010: 378).

Finalmente, el quinto descentramiento, se refiere al “[...] impacto del feminismo, visto como una crítica teórica y como un movimiento social” (Hall, [1992] 2010: 378). Varios son los aspectos que abarcan los cuestionamientos del feminismo a los supuestos más preciados del sujeto moderno:

-Cuestionó la distinción clásica entre “interior” y “exterior”, “privado” y “público”. La consigna del feminismo era “lo personal es político”.

-Por ello, el feminismo abrió a la polémica política nuevas arenas de la vida social: la familia, la sexualidad, el trabajo doméstico, la división doméstica del trabajo, la crianza de los niños, etc.

-Expuso, asimismo, como una cuestión política y social, el tema de cómo somos formados y producidos como sujetos de género. Es decir, politizó la subjetividad, la identidad y los procesos de identificación (como hombres/ mujeres, madres/ padres, hijos/hijas).

-Lo que comenzó como un movimiento dirigido a desafiar la *posición* social de las mujeres, se expandió para incluir la *formación* de la identidad sexual y de género.

-El feminismo hizo frente a la noción de que los hombres y las mujeres eran parte de la misma identidad —“la Humanidad” [*“Mankind”*])— reemplazándola con la *cuestión de la diferencia sexual* (Hall, [1992] 2010: 379)

A estos descentramientos teóricos se han correspondido una serie de desestabilizaciones históricas y políticas de las certezas y experiencias de las grandes identidades colectivas (i.e. clase, nación, raza, género, occidente) que se evidenciaban estables, homogéneas y abarcadoras, ofreciendo unos principios de inteligibilidad omnicomprendidos (conceptos maestros) para dar sentido de nuestro lugar en el mundo y de la políticas a seguir. Entre estas grandes identidades sociales colectivas, la clase tenía un lugar destacado

[...] las grandes identidades de clase, que tanto han estabilizado nuestra comprensión del pasado inmediato y el no tan inmediato. La clase era el localizador principal de la posición social, aquello que organizaba nuestra comprensión de las principales relaciones de red entre grupos sociales. Nos ligaba a la vida material a través de la economía misma. Proveía el código a través del cual nos leíamos entre nosotros (Hall, [1991] 2010: 318).

Tal vez el problema no es sólo con que las condiciones histórico políticas de nuestro más inmediato presente han cambiado radicalmente con respecto a la época en la que se imponían las certezas de estas grandes identidades sociales, sino que también el problema radica en el

aparataje conceptual con el cual estamos pensando hoy las identidades mismas. De ahí que Hall argumente que: “Es discutible [...] si alguna vez funcionaron de esa manera. Quizás nunca funcionaron de esa forma. La narrativa de Occidente, efectivamente, podría ser la versión que contamos de la historia, que nos contamos a nosotros mismos, sobre el hecho de que funcionen de esa manera” (Hall, [1991] 2010: 318-319).

IDENTIDAD

Ante la confluencia de los descentramientos teóricos y los desmoronamientos histórico políticos, la identidad amerita ser reconsiderada. Esta reconsideración supone tomar distancia de los viejos hábitos de pensar la identidad, reconociendo que parece que aún no nos podemos desprender del concepto de identidad. Esto es a lo que Hall refiere como poner a operar la identidad bajo borradura: “La identidad es un concepto de este tipo, que funciona ‘bajo borradura’ en el intervalo entre inversión y surgimiento; una idea que no puede pensarse a la vieja usanza, pero sin la cual ciertas cuestiones clave no pueden pensarse en absoluto” (Hall, [1996] 2003: 14).

Tres son los aspectos más destacados y urgentes de esta reconceptualización. En primer lugar, “Nos hace tomar consciencia de que las identidades nunca se completan, nunca se terminan, que siempre están como la subjetividad misma: en proceso [...] La identidad está siempre en proceso de formación” (Hall [1991] 2010: 320). Esto no quiere decir, sin embargo, que en un momento dado no se produzcan ‘cerramientos provisionales’ que tienen el efecto de hacer aparecer a las identidades *como si* fuesen terminadas y estables.

En segundo lugar, se hace relevante pensar la identidad en términos de identificación con las ambivalencias que este proceso sugiere: “[...] la identidad significa o connota el proceso de identificación [...] la discusión sobre la identificación, en el feminismo y el psicoanálisis, es la medida en que aquella estructura de identificación está siempre construida a través de la ambivalencia, siempre construida a través de la escisión. La escisión entre aquello que uno es y aquello que el otro es” (Hall, [1991] 2010: 320). De ahí que Hall se incline al término de identificación: “[...] más que hablar de identidad como algo acabado, deberíamos hablar de *identificación*, y concebirla como un proceso inacabado. La identidad se yergue, no tanto de una plenitud de identidad que ya está dentro de nosotros como individuos, sino de una *falta* de totalidad, la cual es ‘llenada’ desde *fuera de nosotros*, por medio de las maneras en que imaginamos que somos vistos por *otros*” (Hall, [1992] 2010: 376).¹

¹ En un pasaje donde Hall está discutiendo las políticas de la identidad se evidencia la dimensión procesual del término que le seduce: “Hablo del proceso de identificación, de

Finalmente, hay que penar la identidad en relación con el otro narrado, con la representación, que desestabiliza e imposibilita cualquier cerramiento: “La identidad es una narrativa del sí mismo, es la historia que nos contamos de nosotros mismos para saber quiénes somos” ([1989], 2010: 345). Las identidades están compuestas por las narrativas cambiantes sobre sí, a través de las cuales uno se representa a sí mismo y sus propias experiencias adquieren sentido. Sin embargo, este tipo de imaginación-relato del sí mismo no es la expresión de una fuerza interna irrumpiendo desde una esencia primordial de reconocimiento propio; no es una quimera sin ningún efecto material o político. Estas narrativas de sí son parcialmente configuradas desde afuera:

Como un proceso, como una narrativa, como un discurso, se cuenta siempre desde la posición del Otro. Más aún, la identidad es siempre en parte una narrativa, siempre en parte una especie de representación. Está siempre dentro de la representación. La identidad no es algo que se forma afuera y sobre la que luego contamos historias. Es aquello que es narrado en el yo de uno mismo. Tenemos la noción de la identidad como algo contradictorio, compuesto de más de un discurso, compuesto siempre a través de los silencios del otro, escrito en, y a través de la ambivalencia y el deseo. Éstas son maneras sumamente importantes de intentar pensar una identidad, que no es una totalidad sellada ni cerrada (Hall, [1991] 2010: 321).

En uno de sus más conocidos artículos en castellano sobre el tema, Hall ([1996] 2003) se refiere a la identidad como al provisional, contingente e inestable *punto de sutura* entre las subjetivaciones y las posiciones de sujeto. Hall argumenta que una identidad debe considerarse como un *punto de sutura*, como una *articulación* entre dos procesos: el de sujeción y el de subjetivación. Por tanto, una identidad es un punto de sutura, de articulación, en un momento concreto entre: (1) los discursos y las prácticas que constituyen las posiciones de sujeto (mujer, joven, indígena, etc.) y (2) los procesos de producción de subjetividades que

sentirse uno mismo a través de los sentimientos de contingencia, antagonismo y conflicto de los que están compuestos los seres humanos. La identificación significa que uno es llamado de cierto modo, interpelado de cierta manera: “Tú, esta vez, en este espacio, para este propósito, al costado de esta barricada con esta gente”. Eso es lo que está en juego en la lucha política. Y no se puede saber de antemano ni saber cómo reconocerlo, ni saber cómo imaginar la colectividad que podría conformar toda esa gente junta. Pues, ¿de qué otra manera los conocerías? Antes no estaban allí, o no se juntaron en el lugar adecuado. Solo puedes venir tal como eras, venir juntos porque de alguna manera te puedes representar y empezar a compartir una especie de comunidad imaginada con otros, que sin la representación y la cultura no podrías expresar” (Hall 1998: 292).

conducen a aceptar, modificar o rechazar estas posiciones de sujeto (Hall, [1996] 2003: 20). Para decirlo en otros términos: “La identidad, entonces, une (o, para usar una metáfora médica, ‘sutura’) al sujeto y la estructura” (Hall, [1992] 2010: 365). En palabras del Hall:

Uso ‘identidad’ para referirme al punto de encuentro, el punto de *sutura* entre, por un lado, los discursos y prácticas que intentan “interpelarnos”, hablarnos o ponernos en nuestro lugar como sujetos sociales de discursos particulares y, por otro, los procesos que producen subjetividades, que nos construyen como sujetos susceptibles de “decirse”. De tal modo, las identidades son puntos de adhesión temporaria a las posiciones subjetivas que nos construyen las prácticas discursivas [...] Son el resultado de una articulación o “encadenamiento” exitoso del sujeto en el flujo del discurso [...] (Hall, [1996] 2003: 20).

Así, en el análisis de las identidades no basta con identificar cuáles son las posiciones de sujeto existentes en un momento determinado (o de cómo se han llegado a producir), sino que también es necesario examinar cómo subjetividades concretas se articulan (o no) a estas interpelaciones desde ciertas posiciones de sujeto. Por eso, Stuart Hall critica el trabajo de quienes se quedan en uno de los dos procesos (en la sujeción o en la subjetivación) sin comprender que ambos son relevantes para el análisis de las identidades, y lo son precisamente en ese punto de cruce, en esa sutura producida en un momento determinado.

Así, no se puede seguir asumiendo que el sujeto simplemente *tiene* una identidad ineluctablemente definida por un lugar demarcado de antemano sino que es necesario analizar los procesos de subjetivación que llevan a que los individuos asuman o confronten (total o parcialmente, temporal o permanentemente) esas locaciones: “El concepto de identidad aquí desplegado no es, por lo tanto, esencialista, sino estratégico y posicional. [...] El concepto acepta que las identidades [...] nunca son singulares, sino construidas de múltiples maneras a través de discursos, prácticas y posiciones diferentes, a menudo cruzados y antagónicos” (Hall, [1996] 2003: 17). El problema radica en explicar tanto la construcción de posiciones múltiples y parciales del sujeto (las narrativas de identidad y las políticas de identificación ‘desde arriba’) como las estrategias de identificación de quienes ocupan estas posiciones en un proceso de constitución de sus subjetividades:

Eso es la política de vivir la identidad a través de la diferencia. Es la política de reconocer que todos nosotros estamos compuestos por múltiples identidades sociales, y no por una. Que todos fuimos construidos de manera compleja, a través de

diferentes categorías, diferentes antagonismos, y éstas pueden tener el efecto de localizarnos socialmente en múltiples posiciones de marginalidad y subordinación, pero que todavía no actúan sobre nosotros de exactamente la misma manera. También es reconocer que cualquier contra-política de lo local que intenta organizar a las personas a través de su diversidad de identificaciones tiene que ser una lucha que se conduce posicionalmente. Es el comienzo del antirracismo, del anti-sexismo y del anti-clasicismo como guerra de posiciones, como la noción gramsciana de la guerra de posiciones (Hall, [1991] 2010: 327-328)

Como ha anotado Hall (1999), existe una tendencia a abordar el debate sobre la identidad en oposición directa a los enfoques esencialistas y anti-esencialistas. Hall arguye una tercera posibilidad: una crítica de la interpretación de la identidad como una posición fija y naturalizada sin asumir que, en consecuencia, la identidad es volátil y subsumida a la voluntad del individuo: “Así, no existe una identidad fija, pero tampoco la identidad es un horizonte abierto del cual simplemente se escoge” (Hall, 1999: 207).

Varios son los aspectos de la seminal contribución de Hall a la conceptualización de la identidad. Primero, como ya ha sido indicado, las identidades nunca están cerradas o finiquitadas sino que siempre se encuentran en proceso, diferencialmente abiertas a novedosas transformaciones y articulaciones. Este aspecto introduce una historización radical de las identidades, una crítica frontal a las concepciones que asumen la identidad como manifestación de un núcleo esencial e inmutable.

Segundo, las identidades siempre se superponen, contrastan y oponen entre ellas. Antes que unificadas y singulares, las identidades son múltiplemente construidas a lo largo de diferentes, a menudo yuxtapuestos y antagónicos, discursos, prácticas y posiciones. En consecuencia, las identidades no son totalidades puras o encerradas sino que se encuentran abiertas, expuestas y definidas por esas contradictorias intercesiones. Más aún, las identidades están compuestas de manera compleja porque son troqueladas a través de la confluencia y contraposición de las diferentes locaciones sociales en las cuales está inscrito cada individuo (Hall, [1991] 2010). De esta manera, los individuos portan al mismo tiempo múltiples y contradictorias identidades.

Tercero, las identidades son constituidas por representaciones: “Las identidades, en consecuencia, se constituyen dentro de la representación y no fuera de ella” (Hall, [1996] 2003: 18). Por tanto, la representación no se viene a sobreponer sobre algo previamente existente, que

sería una especie de núcleo prediscursivo de la identidad, sino que la representación constituye la identidad: “La noción de que la identidad está por fuera de la representación —que hay un sí mismo en cada uno de nosotros y que sólo luego se agrega el lenguaje en el cual nos describimos— es insostenible. La identidad está dentro de discurso, dentro de la representación. Es constituida en parte por la representación” (Hall, [1989] 2010: 345). De esto no se deriva, como parecen sugerirlo ciertos autores, que la identidad sea únicamente representación:

Precisamente porque las identidades se construyen dentro del discurso y no fuera de él, debemos considerarlas producidas en ámbitos históricos e institucionales específicos en el interior de formaciones y prácticas discursivas específicas, mediante estrategias enunciativas específicas. Por otra parte, emergen en el juego de modalidades específicas de poder y, por ello, son más un producto de la marcación de la diferencia y la exclusión que signo de una unidad idéntica y naturalmente constituida [...] (Hall, 2003: 18).

Las políticas de la representación suponen una problemática crucial en la conceptualización de las identidades porque sugiere ataduras sutiles entre poder y discurso en los procesos específicos de producción de la diferencia y en la reproducción de exclusiones y jerarquías. Las políticas de la representación de las identidades refieren a la “producción” de tradición, memoria, pasado y locaciones sociales porque el pasado no está esperando a ser “descubierto”, así como la memoria social o la tradición no son pura y simple continuidad desde tiempos inmemoriales. Estas políticas combinan tanto el silencio y la palabra como el olvido y la memoria. En este sentido, Hall desnaturaliza el pasado y la tradición en relación con las identidades: “No puede haber entonces un simple ‘retorno’ o una ‘recuperación’ del pasado ancestral que no se ha reexperimentado a través de las categorías del presente” (Hall, [1987] 2010: 311). Sin embargo, la producción de pasado, tradición y memoria que subyace a la formación de identidades no renuncia a su densidad histórica. Aunque son parcialmente producidas desde el presente como efecto de luchas políticas y discursivas sobre sus significados no son inventadas de forma caprichosa, sin anclaje en los contextos y experiencias históricas.

Finalmente, la identidad debe ser analizada en relación con las nociones de diferencia: “[...] las identidades se construyen a través de la diferencia, no al margen de ella” (Hall [1996] 2003: 18). La identidad implica una exterioridad constitutiva (Hall, 1998: 295). Esta exterioridad significa que cualquier identidad supone su producción “[...] a través

de la relación con el Otro, la relación con lo que él no es, con lo que justamente le falta, con lo que se ha denominado su *afuera constitutivo*" (Hall, 2003: 18). Por tanto:

[...] las identidades pueden funcionar como puntos de identificación y adhesión sólo *debido a* su capacidad de excluir, de omitir, de dejar "afuera", abyecto. Toda identidad tiene como "margen" un exceso, algo más. La unidad, la homogeneidad interna que el término identidad trata como fundacional, no es una forma natural sino construida de cierre, y toda identidad nombra como su otro necesario, aunque silenciado y tácito, aquello que le "falta" (Hall, [1996] 2003: 19).

Por todo lo anterior, es evidente que la identidad "[...] no es un concepto tan transparente o tan poco problemático como pensamos" (Hall, [1990] 2010: 349).² Esta no transparencia y lo problemático de la identidad se refiere en parte a que las identidades son constituidas dentro de la representación, lo cual nos introduce todas las discusiones sobre el poder pero también nos indica lo incompleto, lo inacabado de los cerramientos identitarios: "[...] deberíamos pensar en la identidad como una 'producción' que nunca está completa, sino que siempre está en proceso y se constituye dentro de la representación, y no fuera de ella" (Hall [1990] 2010: 349).

En su artículo "Identidad cultural y diáspora", Hall parte de considerar que hay dos formas de pensar la identidad cultural: una que hace énfasis en comunalidades y continuidades esenciales y la otra que se piensa desde las discontinuidades y heterogeneidades. En palabras de Hall, la primera posición define la identidad cultural:

[...] en términos de una cultura compartida, una especie de verdadero sí mismo [*one true self*] colectivo oculto dentro de muchos otros sí mismos más superficiales o artificialmente impuestos, y que posee un pueblo [*people*] con una historia en común y ancestralidad compartidas. Dentro de los términos de esta definición, nuestras identidades culturales reflejan las experiencias históricas comunes y los códigos culturales compartidos que nos proveen, como "pueblo", de marcos de referencia y significado estables e inmutables y continuos, que subyacen a las cambiantes divisiones y las vicisitudes de nuestra historia actual. Esta "unicidad", que sustenta todas las

² Si eso podría decirse a principios de los noventa, hoy con más fuerza se puede esgrimir que el concepto de identidad es problemático, tanto que uno se pregunta si tiene alguna relevancia teórica y política seguir apelando a él.

otras diferencias más superficiales, es la verdad, la esencia [...] (Hall [1990] 2010: 349-350).

Por su parte, la segunda concepción de la identidad cultural es presentada por Hall de la siguiente manera:

[...] hay una segunda visión de la identidad cultural, relacionada con la anterior, aunque diferente. Esta segunda visión admite que, al igual que los muchos puntos de similitud, también hay puntos críticos de *diferencia* profunda y significativa que constituyen “eso que realmente somos”; o más bien “en lo que nos hemos convertido” puesto que la historia ha intervenido en nosotros... En este segundo sentido, la identidad cultural es un asunto de ‘llegar a ser’ así como de ‘ser’. Pertenece tanto al futuro como al pasado. No es algo que ya exista, trascendiendo el lugar, el tiempo, la historia y la cultura (Hall, [1990] 2010: 351).

El contraste es claro: de un lado, una definición de la identidad cultural que supone un nosotros estable que se hunde en los albores del tiempo, que se ha mantenido, a través de los avatares de la historia, en lo más profundo semejante a sí mismo. Hay una esencia como garante y anclaje de la identidad. Del otro lado, la identidad es definida más como un devenir, un proceso de identificación permanente que implica imaginaciones del pasado tanto como del futuro, un nosotros para nada estable ni garantizado en una homogeneidad transcendente.

Ahora bien, es muy importante no considerar que una definición de la identidad es errática mientras que la otra es acertada, que hay una especie de superación teórica de la definición esencialista de las identidades culturales que tiene un correlato en su rechazo histórico y político. Al contrario, Hall considera que estas distinciones son históricas, que responden a luchas y campos de fuerza muy concretos. Por lo que la definición esencialista de la identidad no solo ha tenido su lugar sino también su relevancia política: “Esta concepción de identidad cultural jugó un papel importante en todas las luchas postcoloniales que han moldeado de nuevo nuestro mundo de forma tan profunda [...] Esta perspectiva sigue siendo una fuerza muy poderosa y creativa en formas emergentes de representación entre las culturas marginadas” (Hall, [1990] 2010: 350).

Es importante insistir en este punto porque muchos académicos consideran que porque se puede cuestionar teóricamente la idea que las identidades sean imaginadas como esencias, como ataduras primordiales que dan sentidos trascendentes y definen claramente los contornos de un nosotros, de esto se sigue necesariamente que no han

sido ni serán relevantes políticamente. Como lo señala Hall en un pasaje más adelante:

En ningún momento debemos sobrestimar o abandonar la importancia del acto de redescubrimiento imaginativo en que se produce esta concepción de una identidad esencial redescubierta. Las ‘historias ocultas’ han jugado un papel crítico en el surgimiento de muchos de los movimientos sociales más importantes de nuestros tiempos: feministas, anticolonialistas y antiracistas (Hall, [1990] 2010: 350).

Esto no quiere decir que en términos analíticos no podamos hablar de ciertas características desde las cuales se puede estudiar las identidades culturales. Ya hemos mencionado el hecho de que las identidades culturales están dentro y no por fuera de la representación, de las relaciones de poder. Además de esto, un par de los que Hall subraya consiste en la posicionalidad y la procesualidad: “Las identidades culturales vienen de algún lugar, tienen historia [...] Lejos de estar eternamente fijas en un pasado esencial, se hallan sujetas al juego continuo de la historia, la cultura y el poder” (Hall, [1990] 2010: 351). Por tanto “Están sujetas a una historización radical, y en un constante proceso de cambio y transformación” (Hall, [1996] 2003: 17).

La apelación al pasado o a la memoria hace parte del proceso mismo de configuración de las identidades. El pasado no es una anterioridad o una transparencia con respecto a un nosotros que se descubre en él, sino en gran parte el resultado del proceso mismo de posicionamiento que define las identidades:

Lejos de estar basadas en la mera “recuperación” del pasado que aguarda a ser encontrado, y que cuando se encuentre asegurará nuestro sentido de nosotros mismos en la eternidad, las identidades son los nombres que les damos a las diferentes formas en las que estamos posicionados, y dentro de las que nosotros mismos nos posicionamos, a través de las narrativas del pasado (Hall, [1990] 2010: 351).

[...] la identidad cultural no es una esencia establecida del todo, que permanece inmutable al margen de la historia y de la cultura. No es un espíritu universal y trascendente en nuestro interior, en el que la historia no ha hecho ninguna marca fundamental. De una vez por todas, no lo es. No es un origen arreglado hacia el cual podamos hacer un Retorno final y absoluto. Desde luego, tampoco es sólo un fantasma. Es “algo”, no sólo un truco de la imaginación. Tiene sus historias, y las

historias tienen sus efectos reales, materiales y simbólicos (Hall, [1990] 2010: 352).

De ahí que Hall argumente que “[...] la identidad no está fija en el pasado sino siempre también orientada hacia el futuro” (2007: 274). Esta idea de posicionamiento es lo que hace que Hall plantee a menudo la relevancia de pensar las identidades como identificaciones inestables en contextos histórico-culturales específicos, como suturas: “Las identidades culturales son puntos de identificación, los puntos inestables de identificación o sutura, que son hechos dentro de los discursos de la historia y de la cultura. No son una esencia sino un posicionamiento. Así, siempre hay políticas de identidad, políticas de posición, que no tienen garantía total en una ‘ley de origen’ trascendental y no problemática” (Hall, [1990] 2010: 352).

Como ya hemos indicado, otro aspecto en el que insiste Hall es que la identidad debe ser pensada en relación con la diferencia. Identidad y diferencia, pensarlas en conjunción no en disyunción: “[...] uno solo puede pensar la identidad a través de la diferencia” (2007: 270). La diferencia no es la del cerramiento absoluto, sino la de los cerramientos provisionales, la de las articulaciones: “Sin relaciones de diferencia ninguna representación podría ocurrir. Pero lo que entonces se constituye dentro de la representación está siempre abierto a ser diferido, pasmado, serializado” (Hall [1990] 2010: 355). Esto significa que la identidad está inscrita en la diferencia y viceversa. Las relaciones entre ellas son de mutua configuración, lo cual hace impensable una sin la otra. “Y no hay identidad sin la relación dialógica con el Otro. El Otro no está afuera, sino también dentro del uno mismo, de la identidad. Así, la identidad es un proceso, la identidad se fisura. La identidad no es un punto fijo, sino ambivalente. La identidad es también la relación del Otro hacia el uno mismo” ([1989] 2010: 344).

Cabe anotar que la idea de diferencia con la que opera Hall está marcada por las discusiones sobre las prácticas de significación dado que retoma de Saussure la noción de que la diferencia es inmanente-relacional (el sistema de diferencias) y de Derrida la concepción de que la diferencia no es estable ni fija sino que implica un permanente corrimiento, un proceso permanente de diferir:

Debido a que la significación depende del perpetuo reposicionamiento de sus términos diferenciales, el significado, en una instancia específica, depende de la fijación contingente y arbitraria: la “ruptura” necesaria y temporal en la infinita semiosis del lenguaje [...]. El significado continúa desplegándose, por así decirlo, más allá del cierre arbitrario que lo hace posible en

cualquier momento. Siempre está sobre-determinado o sub-determinado, es un exceso o un suplemento. Siempre hay algo que “sobra” (Hall, [1990] 2010: 355).

En una mirada panorámica a las diferentes teorías sociales de la diferencia, Hall distingue cuatro:

- 1- Lingüística derivada del trabajo de Saussure: “[...] la ‘diferencia’ importa porque es esencial para el significado; sin ella, el significado no podría existir” (Hall [1997] 2010: 419). En tanto el significado es relacional, la diferencia es constitutiva del significado. No solo diferencias en modelos binarios, sino serie de matices. Además, ya siguiendo a Derrida, uno de los términos es el dominante mientras que el otro es subordinado: “Un polo es usualmente el dominante, el que incluye al otro dentro de su campo de operaciones. Siempre existe una relación de poder entre los polos de una oposición binaria” (Hall, [1997] 2010: 420).
- 2- Modelo dialógico de Bajtin y Voloshinov (social): “El argumento aquí es que necesitamos la “diferencia” porque sólo podemos construir significado a través del dialogo con el ‘Otro’.” (Hall, [1997] 2010: 420). El significado es pensado como dialogo, como interacción, que implica la presencia de un Otro. El significado es de naturaleza dialógica, con los desplazamientos e irreductibilidades que esto puede acarrear: “Todo lo que decimos y que-remos decir se modifica por la interacción y el interjuego con otra persona. El significado se origina a través de la “diferencia” entre los participantes en cualquier diálogo. En síntesis, el “Otro” es esencial para el significado” (Hall, [1997] 2010: 420). Una de las consecuencias de este enfoque es que el significado, como siempre depende de una relación dialógica con un otro, nunca puede estar fijado.
- 3- Explicación antropológica (cultural). “El argumento aquí es que la cultura depende de dar significado a las cosas asignándolas a diferentes posiciones dentro de un sistema de clasificación. La marcación de la ‘diferencia’ es así la base de ese orden simbólico que llamamos cultura” (Hall [1997] 2010: 421). Un orden cultural como sistema clasificatorio, el cual puede ser desestabilizado con los ‘asuntos fuera de lugar’. Este orden cultural se establece desde fronteras simbólicas, define un estado de interioridades y exterioridades. “[...] las fronteras simbólicas son centrales a toda cultura. Marcar la “diferencia” nos conduce, simbólicamente, a cerrar rangos, apoyar la cultura y estigmatizar y a expulsar cualquier

cosa que se defina como impura, anormal. Sin embargo, paradójicamente, también hace poderosa la “diferencia” y extrañamente atractiva precisamente porque es prohibida, tabú, amenazante para el orden cultural” (Hall, [1997] 2010: 421-422).

- 4- Explicación psicoanalítica (psíquico): “El argumento aquí es que el ‘Otro’ es fundamental a la constitución del sí mismo, a nosotros como sujetos y a la identidad sexual” (Hall, [1997] 2010: 422). Se refiere a las conceptualizaciones que argumentan que la imagen y experiencia de sí es posible por y desde la mirada del Otro.

De estas cuatro explicaciones (lingüística, social, cultural y psicológica), que no son excluyentes entre sí, se derivan dos puntos compartidos sobre la diferencia. Primero, que en diferentes escenarios y teorías la diferencia tiene un papel central. Y segundo, que la diferencia tiene un carácter ambivalente: “Puede ser positiva y negativa. Es necesaria tanto para la producción de significado, la formación de lenguaje y cultura, para identidades sociales y un sentido subjetivo del sí mismo como sujeto sexuado; y al mismo tiempo, es amenazante, un sitio de peligro, de sentimientos negativos, de hendidura, hostilidad y agresión hacia el ‘Otro’” (Hall, [1997] 2010: 423).

Hall sugiere que existen distintas conceptualizaciones de diferencia que se encuentran en disputa. De un lado habría una noción de diferencia como separación radical, estable, no relacional. Del otro, una noción que se le opone en tanto considera que las separaciones no son tan radicales, no hay fijaciones absolutas ni diferencias que no supongan relaciones de exterioridad y de poder:

La diferencia, al igual que la representación, es también un concepto resbaladizo y por ende un concepto en disputa. Existe la “diferencia” que realiza una separación radical y sin conexión: y hay una “diferencia” que es posicional, condicional y coyuntural, cercana a la noción de Derrida de *différance*. Aunque si estamos preocupados en mantener una política, ésta no puede ser definida exclusivamente en términos del eterno debate del corredizo significante (Hall, [1987] 2010: 310).³

3 “Su sentido de la “*différance*”, como lo dijo un escritor, se mantiene suspendido entre dos verbos franceses, ‘diferenciarse’ y ‘posponer’, que contribuyen a su fuerza textual, y de los cuales ninguno puede captar el sentido de manera total. El lenguaje depende de la diferencia, como ha demostrado Saussure: la estructura de proposiciones distintivas que forman su economía. Pero donde Derrida abre nuevos caminos es en la medida en que ‘diferenciarse’ se convierte en ‘posponer’” (Hall [1991] 2010: 312-322).

Ahora bien, cuestionar la noción de diferencia como separación radical, como inconmesurabilidad, como inmanencia propia de la primera posición, tampoco supone ‘comprar’ una idea descafeinada o light de diferencia que suele encantar tanto al postmodernismo⁴ como a las posiciones liberales con su concepto de ‘diversidad’.⁵

POLÍTICAS DE LA IDENTIDAD

Hall distingue dos tipos de políticas de la identidad: una que apela a la esencialización como respuesta a la discriminación y marginamiento y la otra que reconoce la contingencia y heterogeneidad de cualquier sujeto político. Esta diferencia en las políticas de la identidad las elabora Hall refiriéndose a las transformaciones de las políticas culturales y representaciones de lo negro. Es importante anotar que Hall no está considerando que un tipo de política de la identidad hace desaparecer al otro, sino que se mantienen en tensión como dos frentes de lucha. Tampoco Hall desecha, en un gesto de arrogancia deconstructivista, las relevancias de las políticas de la identidad que apelan a la esencialización. Al contrario, les reconoce sus razones de ser históricas y sus logros políticos. No obstante, esto no significa que Hall no critique las facilerías analíticas y las a menudo erráticas políticas que se pueden derivar de ciertas formas de esencialismo político: “[...] se deben renunciar a ciertas formas de esencialismo político y la manera en que nos permite dormir el sueño de los justos” (Hall, 1998: 290).⁶

La primera política, que se corresponde con una respuesta a la racialización y marginamiento del negro, se caracteriza por esgrimir su derecho a representarse a sí mismo en un intento por invertir las representaciones raciales dominantes sobre lo negro:

4 “[...] debemos tener presente la profunda y ambivalente fascinación del postmodernismo con la diferencia: diferencia sexual, diferencia cultural, diferencia racial y, sobre todo, diferencia étnica... no hay nada que el postmodernismo global ame más que cierto tipo de diferencia, un toque de etnicidad, un gusto por lo exótico, como decimos en Inglaterra, ‘un poquito de lo otro’” (Hall [1992] 2010: 288).

5 Con la apelación a la noción de ‘diversidad’ a menudo se domestica la diferencia: “[...] el filo punzante de lo diferente y de lo transgresor pierde agudeza a través de la espectacularización. Sé que lo que reemplaza a la invisibilidad es cierta clase de visibilidad cuidadosamente segregada, regulada” (Hall [1992] 2010: 290).

6 Esto no significa, sin embargo, que Hall considere que tenga mayor sentido el mero ejercicio de la deconstrucción teórica sin anclajes y responsabilidades con el mundo de disputas políticas concretas: “A partir de aquel momento se desarrolla esa enorme proliferación de deconstrucción extremadamente sofisticada y juguetona que es una especie de juego académico inacabable. Cualquiera lo puede hacer, y se desarrolla más y más. Ningún significante se detiene jamás, nadie es responsable de ningún significado, todos los rastros se borran. En el momento en que algo se aloja, inmediatamente se borra. Todos los pasan muy bien; van a conferencias y lo logran, por así decirlo” ([1991] 2010: 322).

La lucha del negro por ser representado estuvo basada en una crítica al grado de fetichización, objetificación y de figuración negativa que comúnmente constituían los rasgos de representación del sujeto negro. Había una preocupación no sólo en torno a la ausencia o marginalidad de la experiencia negra, sino también sobre su simplificación y su carácter estereotípico (Hall, [1987] 2010: 305-306).

En este sentido, las políticas de la identidad correspondientes se inscribían en una lucha contra el racismo: “[...] lo que yo llamaría “la política de la identidad 1”, la primera forma de la política de la identidad. Estaba relacionada con la constitución de alguna identidad colectiva defensiva en contra de las prácticas de la sociedad racista” (Hall [1991] 2010: 323).

Este momento de las políticas de la identidad y de la representación tienen sus limitaciones. En palabras de Hall: “Este momento esencializa las diferencias en varios sentidos. Concibe la diferencia como ‘su tradición contra la nuestra’, no en un sentido posicional, pero sí como mutuamente excluyentes, autónomas y autosuficientes. Y es, por lo tanto, incapaz de adoptar las estrategias dialógicas y formas híbridas esenciales para la estética de la diáspora” (Hall, [1992] 2010: 293).

El momento esencializante es débil porque naturaliza y deshistoriza la diferencia, y confunde lo que es histórico y cultural con lo que es natural biológico y genético. En el momento en el que el significante negro es separado de su entorno histórico, cultural y político y es introducido en una categoría racial biológicamente constituida, como reacción, le otorgamos valor al mismo cimiento del racismo que deseamos erradicar. Además, como sucede siempre que naturalizamos categorías históricas (piénsese en género y sexualidad) fijamos ese significado fuera de la historia, fuera del cambio, fuera de la intervención política. Una vez fijo, estamos tentados de usar “negro” como si fuera suficiente por sí mismo para garantizar el significado progresivo de las políticas con las que nos embanderamos... como si no tuviéramos otras políticas sobre las que discutir excepto si algo es negro o no (Hall, [1992] 2010: 294).

El otro momento de las políticas de la identidad cuestionan precisamente la apelación a un sujeto esencializado, lo cual supone “[...] el fin de la inocencia del tema del negro o el fin de una noción inocente de una esencia de la ‘negritud’” (Hall [1992] 2010: 295). Este segundo momento pasa por tomar en consideración los diferentes ejes de diferenciación sobre los que se constituyen las identidades y representaciones: “[...]”

reconocer los otros tipos de diferencias que ubican, posicionan y localizan a la gente negra” (Hall [1992] 2010: 295). La racialización no deviene en otro signifiante maestro a cuyos pies se oblitera la heterogeneidad y complejidad de las marcaciones. De ahí que Hall considere que desde esta política “[...] es a la diversidad y no a la homogeneidad de la experiencia negra que debemos prestarle nuestra indivisible y creativa atención” (Hall, [1992] 2010: 294).⁷

En este sentido, Hall concluye que:

El final del sujeto negro esencial también supone reconocer que los problemas centrales a la raza siempre aparecen —históricamente— en articulación, en formación, con otras categorías y divisiones, constantemente atravesados y reatravesados por categorías de clase, género y etnicidad [...] el problema del sujeto negro no puede representarse sin hacer referencia a las dimensiones de clase, género, sexualidad y etnicidad (Hall, [1987] 2010: 308).

De ahí, que Hall considere que hay que invertir el paradigma de la política de la identidad que parte de asumir que la identidad está dada y es desde allí que se debe desplegar una lucha política que se le deriva. Al contrario, Hall nos invita a pensar una política de la identidad donde es la identidad uno de los resultados de la lucha política, de una lucha entendida como articulación de experiencias y de sujetos:

[...] la pregunta política [...] no es “¿Cómo podemos movilizar de manera eficaz a aquellas identidades que ya han sido formadas?”, para que podamos ponerlas en el tren y llevarlas a escena en el momento adecuado, en el sitio adecuado —algo que la izquierda ha querido hacer históricamente durante aproximadamente cuatrocientos años—, sino algo realmente muy diferente y mucho más profundo. ¿Cómo podemos organizar estas cosas enormes, variadas y diversas que llamamos

7 Y esto debería ser así por los cerramientos totalitarios que se dan en nombre de un sujeto colectivo homogenizante racializado que oblitera los ejes de diferenciación y relaciones de poder que le atraviesan: “Operar exclusivamente a través una concepción simplista de lo negro equivalía a reconstituir la autoridad de la masculinidad negra sobre mujeres negras, con respecto a la cual, como estoy seguro que saben, hubo también por un largo tiempo un silencio irrompible sobre el que no hablaban ni los hombres negros más militantes. Organizarse a través de discursos de la negritud y la masculinidad, de la raza y el género, y olvidar la manera en la cual, en el mismo momento, los negros de la clase baja estaban siendo posicionados en términos de clase, en situaciones de trabajo parecidas a las de ciertos miembros de la clase trabajadora blanca que sufrían las mismas privaciones de los trabajos malos y la falta de ascenso que ellos, equivalía a omitir la dimensión crítica del posicionamiento” (Hall, [1991] 2010: 327).

los sujetos humanos para que asuman posiciones donde se puedan reconocer los unos a los otros durante un tiempo suficiente como para actuar juntos, y así asumir una posición que uno de estos días puedan experimentar como una identidad y actuar a través de ella? La identidad está al final, no al principio, del paradigma. La identidad es lo que está en juego en la organización política. No es que los sujetos estén allí y simplemente no podamos obtenerlos. Es que todavía no saben que son sujetos de un discurso posible. Y que siempre es posible, en cada lucha política, ganar o perder su identificación, ya que cada lucha política es siempre abierta (Hall, 1998: 291).

[...] siempre he rechazado la noción de que se identifique una identidad a una política particular. He intentado decir que la identidad es siempre producto de un proceso de identificación. Es producto de tomar una posición, de jugarse un lugar en un cierto discurso o práctica. En otras palabras, es decir, “esto es, para el momento en el que estoy, quien soy y donde me paro”. Esta noción posicional de la identidad permite entonces que uno hable desde ese lugar, actúe desde ese lugar, así algún día en el futuro, desde otras condiciones, uno pueda querer modificarse a sí mismo o la persona que está hablando. [...] [La identidad] Siempre está, como se dice, en proceso. Se está haciendo. Se mueve de un determinado pasado hacia el horizonte de un posible futuro que no es todavía totalmente conocido (2007: 269).

En síntesis, las identidades no son fijas ni aisladas sino posicionales y relacionales; no están definitivamente osificadas sino que están constituidas por procesos cambiantes de sedimentación e inestables suturaciones; no son totalidades cerradas y unidimensionales sino fragmentadas y múltiples; son histórica y discursivamente producidas a través de relaciones de poder sin garantías esencialistas. Las identidades involucran las políticas de representación y un continuo, pero nunca concluido y siempre confrontado, proceso de cerramiento y subjetivización.

BIBLIOGRAFÍA

Foucault, Michel 1992 *Microfísica del poder* (Barcelona: Editorial la Piqueta).

Hall, Stuart [1997] 2010 “El espectáculo del ‘Otro’” en Stuart Hall *Sin garantías. Trayectorias y problemáticas en estudios culturales*

- (Popayán/Lima/Quito: Envi3n Editores/IEP/Instituto Pensar/ Universidad Andina Sim3n Bol3var).
- _____ [1992] 2010 “La cuesti3n de la identidad cultural” en Stuart Hall *Sin garant3as. Trayectorias y problem3ticas en estudios culturales* (Popayán/Lima/Quito: Envi3n Editores/IEP/Instituto Pensar/ Universidad Andina Sim3n Bol3var).
- _____ [1991] 2010 “Antiguas y nuevas etnicidades” en Stuart Hall *Sin garant3as. Trayectorias y problem3ticas en estudios culturales* (Popayán/Lima/Quito: Envi3n Editores/IEP/Instituto Pensar/ Universidad Andina Sim3n Bol3var).
- _____ [1990] 2010 “Identidad cultural y di3spora” en Stuart Hall *Sin garant3as. Trayectorias y problem3ticas en estudios culturales* (Popayán/Lima/Quito: Envi3n Editores/IEP/Instituto Pensar/ Universidad Andina Sim3n Bol3var).
- _____ [1989] 2010 “Etnicidad: identidad y diferencia” en Stuart Hall *Sin garant3as. Trayectorias y problem3ticas en estudios culturales* (Popayán/Lima/Quito: Envi3n Editores/IEP/Instituto Pensar/ Universidad Andina Sim3n Bol3var).
- _____ [1987] 2010 “Nuevas etnicidades” en Stuart Hall *Sin garant3as. Trayectorias y problem3ticas en estudios culturales* (Popayán/Lima/Quito: Envi3n Editores/IEP/Instituto Pensar/Universidad Andina Sim3n Bol3var).
- _____ 2007 “Epilogue: through the prism of an intellectual life” en Brian Meeks (ed.) *Culture, Politics, Race and Diaspora* (Kingston: Ian Randle Publishers).
- _____ [1996] 2003 “Introducci3n: ¿Qui3n necesita ‘identidad?’” en Stuart Hall y Paul du Gay (eds.) *Cuestiones de Identidad* (Buenos Aires: Amorrortu Editores).
- _____ 1999 “Cultural composition: Stuart Hall on ethnicity and discursive turn. Interview by Julie Drew” en Gary A. Olson y Lynn Worsham (eds.) *Race, rhetoric, and the postcolonial* (SUNY: Nueva York).
- _____ 1998 “Subjects in history: making diasporic identities” en William Lubiano (ed.) *House that race built* (Nueva York: Vintage).